

BARBARA GOODWIN

El uso
de las
ideas políticas

Traducción de Enrique Lynch

05106

Ediciones Península

Barcelona

Evidentemente, hay una brecha infranqueable entre el deseo individual de autopreservación y respeto (que el precepto del carácter sagrado de la vida expresa como derecho moral), y el cálculo moral que justifica los medios violentos por la bondad de los fines, que benefician a la sociedad. Dado este abismo, nadie que abogue por la violencia revolucionaria, incluido el anarquista, puede producir una justificación que satisfaga a la víctima. La moral subjetiva, que subraya el valor de la autopreservación, está colocada en un nivel diferente de la moral social «objetiva» a la que apelan normalmente los revolucionarios. Y como el Estado, incluida la Iglesia, es la fuente de la autoridad moral, el revolucionario difícilmente podrá justificar las acciones violentas ante la mayoría de la población, a la que se han inculcado estas ideas, por mucho que las víctimas sean políticos impopulares y no ciudadanos elegidos al azar. No tiene más remedio que aceptar que se le trate como un criminal o un delincuente moral, tal como lo estipulan las leyes y la moral imperante, y esperar que triunfen sus ideales a medida que la población se vaya esclareciendo poco a poco a través de sus acciones de propaganda directa. El proceso es largo.

Por curioso que parezca, los anarquistas han sido atacados con mayor dureza por sus actos espontáneos y esporádicos de violencia más que los marxistas, quienes, en cambio, abogan explícitamente por la violencia revolucionaria. Es posible que esto se deba a que, en el caso de los anarquistas, el carácter esporádico de unas acciones, hechas al azar y con apariencias y métodos terroristas, representa una amenaza para la masa de la población. También ha supuesto un gran descrédito para la causa del anarquismo su asociación en un primer momento con la pura destructividad del nihilismo. Sin embargo, estas asociaciones han distorsionado la imagen pública de una ideología política que nunca ha dejado de abogar por una forma moral, pacífica, de sociedad basada en la libre *buena voluntad*, opuesta a toda forma de violencia y de opresión. Si bien las virtudes del ideal anarquista pueden y deben ser consideradas separadamente de la cuestión de los métodos, las reflexiones acerca de la ética de la violencia que hacen los anarquistas merecen ser consideradas también en un mundo en que la violencia política es cada vez más habitual. No obstante, la fortaleza del anarquismo no reside tanto en que ocasionalmente promueva los métodos violentos, sino en que el modelo que presenta al conjunto de la sociedad, una sociedad libre que difiere del modelo liberal, es al mismo tiempo una crítica de este modelo. Algunas formas del anarquismo, como la de Nozick y de Stirner, se presentan a sí mismas como formas extremas de individualismo de derechas. No obstante, el anarquismo en general es una ideología política en la que se realizan los mejores ideales socialistas sin la intervención de un Estado potencialmente autoritario.

VII. Conservadurismo

«La mentalidad conservadora como tal no manifiesta especial predisposición hacia la teoría. Esto tiene que ver con el hecho de que los seres humanos no teorizan acerca de las situaciones por las que atraviesan mientras viven en tanto y en cuanto se encuentren adaptados a ellas... La mentalidad conservadora como tal, carece de una utopía.»

MANNHEIM

«Un hombre que se atreva a demoler un edificio que ha respondido en todas las formas posibles y durante siglos a los propósitos comunes de la sociedad debe hacerlo con una precaución y una cautela infinitas.»

BURKE

Tal como afirma Mannheim, el conservadurismo no es una ideología explícita o que se reconozca como tal. No hay textos que sean esencialmente conservadores, si bien muchos textos lo son. El significado literal del término proviene de la idea de *conservación*, y la ideología conservadora se formula cada vez como respuesta a un ataque contra el orden social existente que los conservadores desean conservar. Así, en los últimos dos siglos, los conservadores se han enfrentado sucesivamente al radicalismo, al liberalismo y al socialismo. La ideología conservadora, que analizamos aquí, no es idéntica a la doctrina del Partido Conservador británico. Hay que tener presente que nosotros, los británicos, concebimos el conservadurismo de modo diferente a como lo hacen los otros europeos, como resultado de nuestra historia política. En el siglo XIX, muchos ministros conservadores llevaron a cabo reformas —los ejemplos de Peel y de Disraeli son muy famosos por esto— e históricamente el Partido Conservador ha desplazado a los liberales absorbiendo en el proceso muchas de sus creencias. La aceptación del gobierno constitucional y de los derechos individuales distingue a nuestra tradición británica de «conservadurismo liberal» de la que se presenta en otros países europeos, donde el conservadurismo está asociado con el monar-

quismo, el catolicismo y otras tendencias reaccionarias o autoritarias. Esto debe tenerse presente puesto que la concepción conservadora que se analiza en este capítulo puede parecer menos liberal para los lectores británicos que la política conservadora que ellos conocen por experiencia. Si el conservadurismo puede ser presentado como una ideología, esto se debe a que se deriva de un pequeño número de creencias e intuiciones que forman una concepción del mundo coherente: se puede establecer una conexión entre estas creencias y la doctrina política conservadora.

Contra el cambio

En primer lugar, es un hecho común decir que los conservadores no gustan del cambio. La crítica clásica del cambio político es la de Platón, un autor del siglo IV a.C., época en que las ciudades-estado griegas habían pasado ya su apogeo y Atenas, donde vivía Platón, había atravesado por una serie de turbulentos cambios políticos durante un breve período de tiempo, habiendo experimentado la tiranía, la democracia demagógica y la oligarquía reaccionaria. La teoría política platónica se desarrolló como reacción contra las incertidumbres y los abusos políticos. Su filosofía, además, era en parte una recuperación del relativismo evasivo implícito en la doctrina de Heráclito, «todo fluye», doctrina que afirmaba la imposibilidad de formular verdades definitivas, permanentes. Platón creía que existían, en una dimensión trascendental o metafísica, «Ideas» absolutas, verdades políticas y morales que constituían los modelos que los hombres debían aspirar a imitar en su comportamiento y organización sociales. Esta República ideal debía ser gobernada por Reyes Filósofos, cuya sabiduría y bondad emanaría de la contemplación y comprensión de las Ideas de Verdad, Belleza, Justicia y la Idea Suprema, el Bien. Una sociedad perfecta, un ejemplo de las Ideas: la Justicia perfecta, el Bien absoluto. La noción absolutista del Bien y del Estado ideal hizo que Platón considerara a todo modelo republicano que se apartara de este esquema perfecto como un ejemplo de imperfección y decadencia.

Una vez descrita la República, Platón esquematizó las formas políticas inferiores que resultarían de cambiar cualquiera de sus distintos aspectos.¹ Si bien hay quienes interpretan esta posición como un pre-anuncio del proceso de decadencia, en el cual la democracia y la tiranía marcan el final, los puntos más alejados del ideal, también puede leerse no como una argumentación histórica sino como una tesis teórica: a partir de ella podemos inferir de su sistema de pensamiento que todo cambio en el *sistema perfecto* nos conduce lejos de las Ideas, hacia la imperfección.

1. PLATÓN, *The Republic* (trad. inglesa de H. D. P. Lee), Penguin, 1955, Parte 9.

Cuanto mayor sea el cambio, peor el mal. Desde Platón en adelante, ha sido un hábito en la convicción conservadora la tesis de que todo cambio equivale a la decadencia o presagia la disolución en el caos. Una creencia similar se manifiesta en *Leviathan* cuando Hobbes nos dice que debemos obedecer al soberano en todas las circunstancias, que la menor inobservancia de la autoridad nos llevará a la disolución de la sociedad y al retorno al estado anárquico y salvaje de naturaleza. La estabilidad es, por tanto, un ideal conservador dominante, producido por su aversión al cambio: la *paz* y el *orden* son ideales instrumentales que ayudan a promover la estabilidad social, aunque también tienen valores propios. El argumento de Platón, de que si pudiera fundarse una sociedad perfecta cualquier alteración de ella conduciría a la imperfección y al mal, es lógicamente impecable. Sin embargo, se plantean problemas cuando esta doctrina del «no cambio» se aplica a sociedades que son evidentemente mucho menos que perfectas, a sociedades auténticas. En primer lugar, puede decirse que cualquier forma política que existe y funciona, por imperfecta que sea, es preferible a un nuevo sistema surgido del cambio. Más vale malo conocido que bueno por conocer. Todo cambio debido exclusivamente a la mano del hombre es arriesgado, puesto que el efecto de la reforma —y, *a fortiori*, de la revolución— no puede predecirse con precisión, y por consiguiente no puede determinarse por anticipado si es deseable o no. Esto es necesariamente verdadero puesto que, así como el problema de la inducción en la ciencia empírica consiste en que los acontecimientos futuros no pueden ser predecidos con absoluta certeza, el problema en ciencia política y social es que no podemos prever los resultados que tendrá una innovación social, especialmente dado que, en vista de la naturaleza singular, única e histórica de cada sociedad política, contamos con menos ejemplos comparables sobre los cuales apoyar nuestras generalizaciones y predicciones, a diferencia de lo que ocurre con el científico de la naturaleza. Los conservadores tienen razón cuando afirman que los resultados de una revolución no pueden *conocerse* por anticipado, es decir, no puede saberse si constituirán una mejora o no. En contraste con ello, su propia teoría se refugia en el pasado conocido y en el presente y es inmune a tales incertidumbres. Sin embargo, el reformador replicaría diciendo que la sociedad es tan injusta que hay muchas probabilidades —cuando no la más absoluta certeza— de que los cambios propuestos habrán de constituir una mejora en las condiciones presentes. También afirmaría el reformador que, dado que los cambios no planificados tendrán lugar en cualquier caso, cosa que sería más perjudicial que cualquier cambio planificado, las reformas sujetas a planes racionales deben llevarse a cabo. Sin embargo, muchos conservadores también rechazarían esta afirmación puesto que, como sucede con Hayek, rechazan los cambios producidos por medios artificiales o coactivos, y pre-

fieren los cambios no planificados o la «evolución». Es importante observar que la tesis de los conservadores contra el cambio se apoya a menudo en una versión distorsionada de las alternativas disponibles. Se plantea una falsa dicotomía, afirmando que hay que optar entre: a) lo que existe en el momento presente, y b) una alternativa no deseada en particular. «La Cámara de los Lores puede ser una institución anacrónica, pero un gobierno formado por una única cámara daría un peligroso monopolio del poder a la Cámara de los Comunes, por lo tanto, la Cámara de los Lores debe permanecer tal como está.»

Imputar al oponente político una única alternativa inaceptable es una conocida artimaña.

Un segundo argumento arquetípico en favor del «no cambio», propuesto por Burke, es que las formas políticas y sociales existentes tienen una virtud especial, puesto que están refinadas y sacralizadas por la *tradicición* y por tanto deberían conservarse sin alteraciones. Más adelante trataremos de cerca los problemas que plantea la noción de tradición, pero como argumento contra el cambio no tiene la fuerza persuasiva que Burke le atribuía. La propia tradición es el resultado de una serie de cambios históricos, reformas y evoluciones y no hay razón por la que no deba considerarse cada nueva innovación, o incluso una revolución, como parte de una tradición. Los historiadores hablan de la tradición revolucionaria de Francia sin contradecirse a sí mismos. La tesis tradicionalista puede considerarse como una versión sofisticada del tercer argumento contra el cambio, *que todo lo que es, es bueno*, por imperfecto que sea. Pocos conservadores gustarían de ser oídos en el momento de expresar un sentimiento tan abiertamente reaccionario, pero el caso es que este argumento se presenta subyacente en muchas tesis conservadoras. Este *dictum*, «lo que es, bueno es», viola la convención filosófica de que los valores no pueden derivarse de los hechos: esto es, el simple hecho de que la sociedad es como es no puede suponer o probar que sea *buen*a. Estas valoraciones son tan sólo el producto de nuestras mentes. Las consecuencias absurdas de este error filosófico fueron satirizadas en el *Cándido* de Voltaire, en el que el filósofo Pangloss, cada vez que él y el héroe, Cándido, son afectados por algún desastre grotesco, dice, «todo sea por el bien en el mejor de los mundos posibles».

En realidad, el argumento de que no deben realizarse cambios porque lo que existe es bueno no siempre es el resultado del optimismo espúreo satirizado por Voltaire. Podía ser apoyado teóricamente por un pensador que defendiera la convicción religiosa de que el mundo es tal como Dios lo hizo y, por tanto, es bueno puesto que así lo quiso Dios. (Éste no es el lugar para embarcarnos en argumentaciones teológicas tales como plantearnos si Dios puede querer sufrimientos e imperfecciones.) Asimismo, alguien podía pensar que en la sociedad tiene lugar un proceso evolutivo

natural según el cual, la forma existente de sociedad, cualquiera que sea, representa lo mejor que se puede lograr en esta etapa del desarrollo: así, todo lo que es (ahora) bueno es (ahora). La idea de Hegel de que el Espíritu Absoluto se realiza a sí mismo a través del proceso histórico, haciéndose concreto en distintas sociedades, le condujo a un optimismo similar y a la concepción de que «todo lo real es racional», que convalida las formas sociales existentes. Cada etapa del desarrollo histórico, por consiguiente, es buena en la medida en que forma parte necesaria de un proceso dialéctico global. Los pensadores que consideran que una forma de sociedad adquiere un valor moral especial por el simple hecho de existir son quienes ven la sociedad como el reflejo de un orden fijo, divino o natural, o como el ejemplo de un ideal metafísico, semejante al de Platón. Tales convicciones difícilmente podrían ser defendidas por quienes consideran a la sociedad como un artificio humano que puede ser cambiado y perfeccionado por los hombres a voluntad: éstos son los reformadores.

La idea de que el cambio conlleva de hecho un proceso de degeneración, idea en la que implícitamente se basan muchos argumentos conservadores, se apoya en lo que podría llamarse una visión «esencialista» de lo existente, en la que se afirma que aquello que es no sólo está constituido por una serie de accidentes y contingencias, sino que posee cierta esencia inmutable y de valor. Los conservadores definirán ciertos elementos como si constituyeran la esencia de un sistema político particular, y harán todo lo que puedan por preservarlos. Pero con una entidad tan compleja como la sociedad se plantean muchas diferencias de opinión en torno a la mencionada «esencia». En cualquier caso, creer en esencias plantea dudas desde el punto de vista filosófico.

Al resistir el cambio, el conservador resiste también las teorías acerca del progreso humano que florecieron durante la Ilustración y que han dominado el pensamiento liberal y, hasta cierto punto, el pensamiento socialista desde entonces. Para los filósofos de la Ilustración, cada nuevo período histórico marcaba una etapa superior de civilización y de logros humanos. Pero el significado literal de progreso es neutro —un movimiento hacia delante (en el tiempo o en el espacio)— y muchos conservadores equiparan el progreso en el tiempo con la decadencia moral. En efecto, muchas teorías conservadoras presentan la historia como *regresión*, desde los mitos de los tiempos clásicos que situaban la Edad de Oro en el pasado remoto y denunciaban la decadencia en las costumbres con las metáforas de la Edad de Plata y la Edad del Hierro, y las revelaciones de la escatología cristiana que predicen la decadencia de los hombres a la condición de bestias y el reinado del Anticristo antes del fin del mundo, e incluso los filósofos del siglo XVIII, que consideraban la cultura de los «modernos» muy inferior a la de los «antiguos» de los tiempos clásicos. Así, si la historia es el registro de los cambios, y el cambio es

un sinónimo de la decadencia, de ello se sigue que lo mejor que podemos hacer es resistir los cambios todo lo que podamos, poner alto a la decadencia y así —como está implícito— ¡al fin de la historia!

No obstante, la doctrina tradicionalista de Burke parece apoyarse implícitamente en una concepción del progreso humano y social, porque si el presente es bueno, en la medida en que incorpora la sabiduría acumulada del pasado, cabe presumir que la civilización es el resultado de un progreso que ha ido acumulándose en el curso de los siglos. Pero Burke no hubiese estado de acuerdo con esta interpretación. Su famoso ataque contra la Revolución Francesa que, según él pensaba, había destruido las virtudes de la tradición política inglesa, era igualmente un rechazo de la teoría liberal del progreso como innovación. Para Burke, todo lo que se preserva del pasado es bueno y lo nuevo es —a menudo— malo. El presente es bueno porque es el residuo del pasado y lo contiene. El conservadurismo es no progreso, pero no supone una regresión. Lo inconsistente en la posición de Burke es que, si bien denostaba la Revolución Francesa, también, en la medida en que era un *whig*, justificaba la Revolución Inglesa de 1688 (que efectivamente había establecido una monarquía constitucional) como una de las fuentes vitales de la orgullosa tradición constitucionalista de Inglaterra y una defensa de los derechos tradicionales.

Para Burke, suscribir la tradición era esencial, puesto que creaba una continuidad social y la continuidad fomentaba la tranquilidad social, que es el objetivo político en última instancia. La tradición significaba construir sobre la base de la sabiduría de las generaciones pasadas. Decía Burke: «Reverenciamos o procuramos reverenciar nuestras instituciones civiles sobre la base y el principio de que la naturaleza nos enseña a reverenciar a los hombres individuales: en función de su edad y en función de aquellos de quienes son descendientes».² Para Burke, la sociedad se concibe como una asociación entre las generaciones vivientes, las generaciones muertas y las futuras. Una definición más reciente debida a G. K. Chesterton reflexiona y refleja las mismas convicciones; dice lo siguiente:

«La tradición significa hacer votos por la más oscura de todas las clases: nuestros ancestros. Es una democracia de los muertos. La tradición se niega a someterse a la arrogante oligarquía que forman aquellos que se limitan a andar dando vueltas por ahí.»

Oakeshott también ha subrayado el papel de la tradición en la medida en que implica la acumulación de la experiencia. Es

2. E. BURKE, «Reflections on the Revolution in France», en *How Conservatives Think* (ed. P. Buck), Penguin, 1975, p. 49.

citado a menudo como una justificación de la política que aplican los conservadores británicos, en particular cuando defienden instituciones establecidas contra los ataques de que son objeto: por ejemplo, la Cámara de los Lores.³

Con frecuencia el debate parece como un conflicto entre el conservador de sentido común, quien se da cuenta que la sabiduría se hereda de generación en generación y que no podemos extirpar el pasado, y el utópico ingenuo y fanático (probablemente, un marxista revolucionario) que desea, según palabras de Popper, blanquear el tejido de la sociedad, para luego imprimirle sus propios prejuicios.⁴ Ni que decir tiene que, en realidad, quienes se proponen reformar o incluso revolucionar la sociedad, aceptan que algunas tradiciones son imposibles de erradicar. Una revolución bien puede conservar un modo de vida tradicional y muchas instituciones inalteradas. Con frecuencia se dice que la Revolución Rusa sustituyó un régimen autoritario por otro, preservando así la cultura política tradicional de condescendencia ante un líder omnipotente. La querrela se plantea realmente entre aquellos que son partidarios de la tradición y proponen menos cambios y aquellos que quieren lo contrario, y no entre quienes desean preservarlo todo y quienes quieren destruirlo todo. De modo que, en un sentido, los conservadores están en lo cierto cuando ponen el acento en la fuerza de la tradición, pero se equivocan cuando equiparan la tradición con lo necesariamente bueno.

Por otra parte, pueden hacerse otras tres críticas a la noción de tradición expuesta por Burke y algunos conservadores modernos: en primer lugar, que da por supuesto que aquello que se preserva en el tiempo es lo *mejor*. Burke creía que el tiempo «refina», pero no hay pruebas concluyentes que apoyen semejante optimismo. Algunas cosas se conservan sólo porque son socialmente útiles, otras sobreviven por casualidad y otras, pese a que son socialmente indeseables, sobreviven porque satisfacen ciertas necesidades: por ejemplo, el consumo de alcohol y la prostitución. Cualquier argumento que plantee que la conservación de lo bueno pasa necesariamente por la preservación o erradicación sistemática de instituciones políticas, costumbres sociales y otros comportamientos, en última instancia apela a una hipótesis de la evolución social o a cierto concepto de la providencia divina, y tanto en uno como en otro caso, no puede ser verificada. En segundo lugar, no hay razones que abonen la idea de que las tradiciones pasadas deban ser vinculantes con la situación presente. Las constituciones escritas con frecuencia han sido justificadas sobre la base de que impiden que generaciones futuras poco respetuosas de su pasado cometan locuras políticas. Pero la sospecha de que las gene-

3. M. OAKESHOTT, *Rationalism in Politics*, Methuen, 1962, caps. 1 y 7.

4. K. POPPER, *The Open Society and Its Enemies*, Routledge & Kegan Paul, 1962, vol. 1, pp. 157-168.

raciones futuras necesitan de semejante protección presupone ya que la historia es un proceso de decadencia o declive y no de progreso; de lo contrario, lo razonable sería suponer que esas generaciones futuras serían más sabias (más adelantadas) que las nuestras, y lo lógico entonces sería evitar atarlas. Creer en el progreso, por lo tanto, anula el principio de que la tradición debe ser vinculante. En realidad, las instituciones políticas no funcionan sobre la base de que estamos obligados por las decisiones tomadas por nuestros antepasados. En Gran Bretaña, ningún Parlamento obliga a un Parlamento futuro e incluso en países donde existen constituciones escritas o leyes fundamentales, éstas sólo pueden postergar los cambios populares durante cierto tiempo. (En términos occidentales, sería desde luego puramente sentimental justificar el mantenimiento de las tradiciones sobre la base de que han sido la aurora de nuestros ancestros, si bien este tipo de sentido del deber forma parte de algunas de las religiones orientales.) En tercer lugar, una vez invocado el concepto de tradición, como se ha dicho antes, *cualquier* institución existente puede apelar a él para protegerse. La idea de Burke en el sentido de que el tiempo refina es también indefinida si se pretende emplearla como criterio para demarcar las verdaderas tradiciones. ¿Cuánto tarda en constituirse una tradición? ¿La Quinta República francesa es ya una tradición o debe ser considerada como usurpadora de la Cuarta República? ¿Todas las tradiciones merecen ser conservadas? No cabe duda de que algunos comunistas rusos todavía luchan por preservar la «tradición stalinista»: ¿Qué diría Burke acerca de esto? En suma, no existen criterios que nos permitan establecer a ciencia cierta qué es lo que debe ser considerado una tradición, y por lo tanto los conservadores pueden llegar a encontrarse defendiendo el mantener las tradiciones *per se*, sean cuales fueren. (Hobbes otorgaba una posición paralela a ésta cuando abogaba por la obediencia al soberano, quienquiera fuese el que detentaba la soberanía, aduciendo que se debía obedecer por temor al caos.) «Preservar la tradición» no es una doctrina sustancial y no puede ayudar al conservador a discriminar entre las instituciones buenas y malas o a escapar de la peligrosa conclusión de que «todo lo que es, bueno es».

La imperfección humana

La concepción pesimista acerca de la naturaleza humana que sostienen muchos conservadores es otra piedra fundamental de su doctrina. Como es típico en ellos, suponen que la naturaleza humana es débil, egoísta e irracional. La explicación judeo-cristiana de la Caída del hombre y del pecado original sirvió de fundamento para estas concepciones que más tarde se presentaron en su versión laica —por ejemplo, en la teoría de Maquiavelo

acerca del carácter depravado del hombre,⁵ y en la descripción de Hobbes sobre la conducta agresiva y egoísta del hombre en estado natural, lo cual justificaba la creación de un soberano absoluto.⁶ Estas y otras premisas semejantes sugieren que el hombre es incapaz de autogobernarse o incluso de llevar una conducta sociable y moral, cuando falta un elemento coercitivo y, por lo tanto, suponen que las formas autoritarias de gobierno son necesarias. El gobierno es visto principalmente como un dispositivo para mantener el orden y sólo secundariamente como un instrumento para satisfacer las necesidades de los hombres. Si tales características humanas fueran auténticamente universales (como la hipótesis de la maldad innata que se deriva del concepto del pecado original), la humanidad se encontraría en serias dificultades, y nadie sería capaz de gobernarse ni a sí mismo ni a los demás. Pero los conservadores —¿tiene consistencia lo que dicen?— combinan esta premisa con una hipótesis de la *desigualdad natural* que resuelve el problema de la siguiente manera: puesto que algunos hombres son innatamente «superiores» a otros no sólo es razonable que gobiernen, sino además natural. Esta conclusión no es ilógica, a menos que uno crea que las personas pueden y deben ser igualadas. La *élite* de gobierno y la sociedad jerárquica dividida en clases son, pues, para la concepción conservadora, consecuencias necesarias de la naturaleza humana. La República Ideal de Platón estaba compuesta por tres clases (además de los esclavos, que conformaban una cuarta clase que carecía de ciudadanía), y la pertenencia a cada clase se determinaba en parte por el nacimiento y en parte por las capacidades individuales. Si, como Platón esperaba, todo individuo estaba idealmente llamado a cumplir un papel en la sociedad, los filósofos a actuar como reyes y los artesanos a trabajar, no habría descontentos con el sistema de clases puesto que todos experimentarían una satisfacción igual, aunque diferenciada. Ahora bien, la base para una clasificación de individuos tan rígida es muy dudosa, tanto desde el punto de vista teórico como práctico.

No obstante, la justificación platónica de la desigualdad (cada clase tiene en la *República* una función diferente y especializada) y la insistencia de Platón en el paralelo existente entre la composición del Estado y la composición del individuo, inauguraron una metáfora que ha sido muy importante para la teoría política conservadora.⁷ Mientras que los igualitaristas convencidos afirman que la sociedad se asemeja a una máquina compleja, compuesta por partes intercambiables e igualmente importantes, aquellos que creen en una igualdad profundamente arraigada encuentran mucho más razonable representarse la sociedad como un

5. N. MAQUIAVELO, *The Prince* (trad. inglesa de G. Bull), Penguin, 1961, p. 96.

6. T. HOBBS, *Leviathan*, Penguin, 1968, cap. XIII.

7. PLATÓN, *The Republic*, pp. 344, 368-375, 429, 520.

organismo vivo en el que cada órgano especializado cumple con un papel diferente, aunque crucial, para el bienestar del conjunto. En este organismo todos los órganos actúan armónicamente y reciben su recompensa: buena salud y alimentación. Platón afirmaba que la sociedad se asemejaba a un ser humano, vivo, mientras que Aristóteles establecía la analogía entre la política y los organismos vegetales, y especulaba en torno a los límites naturales al crecimiento y el desarrollo que la sociedad, al igual que las plantas, experimentaría.⁸

La analogía orgánica, ya sea animal o vegetal, refuerza las tesis que favorecen la especialización de las funciones en el marco de la sociedad y la formación de *élites* de gobierno, que se justificaban diciendo que algunos están naturalmente mejor dotados para gobernar. Burke hablaba de la «aristocracia natural» como la depositaria de las virtudes.⁹ Carlyle afirmaba que «unos pocos Sabios tendrán que... hacerse cargo de un número incontable de Tontos».¹⁰ Incluso en la actualidad, cuando vive una situación semiigualitaria, el Partido Conservador británico se representa a sí mismo como el «partido del gobierno», basándose en esta misma conexión. Esto no quiere decir que los conservadores no acepten la democracia como medio de convalidar la dominación ejercida por una *élite*, sino que la rechazan como instrumento para el gobierno popular. En términos de organización social, la premisa de la desigualdad y la de las distinciones naturales de clase va contra la movilidad social que abogan los liberales. Burke se refería a la sociedad como si ésta funcionara de acuerdo con un «pacto fijo sancionado por el juramento inviolable que mantiene todas las naturalezas físicas y morales en el lugar que les ha sido asignado».¹¹

Conocer el lugar de cada uno y no moverse de él es una virtud premiada por el conservadurismo ortodoxo. En el pensamiento de Burke se daba ya un conflicto incipiente entre esta virtud y el «ir siempre por delante de», que es una de las bases del capitalismo. Viendo este pensamiento en retrospectiva, Burke parece estar intentando acomodar a las móviles clases medias en ascenso dentro de su teoría —sin mucho entusiasmo— demostrándoles que ellas también pertenecen a la aristocracia natural del talento. Conocer el lugar de cada uno es la base de la vida en las sociedades tradicionales que con frecuencia los conservadores admiran. Esta doctrina puede apoyarse no sólo en la premisa de la desigualdad, sino también sobre la hipótesis de que en la sociedad rige un orden establecido por Dios. Por ejemplo, el sistema *varna* de la organización social hindú distingue cuatro castas. El deber moral, *dharma*, consiste en cumplir con los deberes de la propia

8. ARISTÓTELES, *Politics* (trad. inglesa de T. A. Sinclair), Penguin, 1962, pp. 27-28.

9. BURKE, en *How Conservatives Think*, p. 52.

10. T. CARLYLE, «The present time», en *How Conservatives Think*, p. 59.

11. BURKE, en *How Conservatives Think*, p. 51. El subrayado es mío.

casta. (De ahí la abierta hostilidad experimentada por los *harijans* —los parias, mancillados e intocables— cuando tratan de mejorar su situación social.) Un himno cristiano nos recordaba que: «*All things bright and beautiful, the rich man in his castle, the poor man at his gate, God made them high and lowly, and ordered their estate.*»* Esta perspectiva dócil acerca de la vida fue salvajemente parodiada por Dickens en *The Chimes*:

*Ea, hay que amar nuestras ocupaciones,
Dios bendiga al caballero y sus relaciones,
a vivir de nuestras diarias raciones,
y saber siempre donde están nuestras propias estaciones.*

A menudo, los conservadores creen que la desigualdad existe no sólo entre las clases, sino también entre otras categorías del pueblo, como entre las mujeres y los hombres: ciertos conservadores «fundamentalistas» de los Estados Unidos se oponían a la enmienda constitucional que garantizaba los derechos iguales para las mujeres sobre la base de invocar textos bíblicos en los que se declaraba a las mujeres inferiores a los hombres.

Los pensadores conservadores, en la medida en que están convencidos de la superioridad de algunas personas sobre otras, al menos por lo que toca a sus capacidades, si no por lo que toca a sus almas inmortales, aceptan que las instituciones políticas y sociales jerárquicas y no igualitarias constituyen una necesidad permanente, y la justifican sobre la base de que las diferencias de clases no habrán de crear conflictos sociales o desórdenes puesto que todos pertenecerán a las clases a las que por naturaleza les corresponde pertenecer (¿cómo?), y la armonía orgánica habrá de reinar entre las clases (¿por qué?). Como modelo de sociedad, esto es aceptable, pero con toda seguridad sería rechazado como paradigma tan pronto como los individuos comenzaran a mostrar su descontento por las distinciones de clase o mostraran el deseo y la capacidad de ascender en la escala social. Parece una ironía que, pese a esta presuposición favorable a la sociedad clasista, muchos conservadores modernos se declaren a sí mismos «contra la clase» y contra la política de clase y prediquen la unidad social. Es posible que esta prédica sea en gran parte una táctica, dado que con frecuencia los socialistas se apoyan en esto para fundamentar su supuesto del antagonismo entre las clases: la respuesta conservadora consiste en afirmar que las clases no son importantes y que lo vital para la buena salud social es la unidad del todo. La analogía orgánica «prueba» que la armonía de clases es natural. En esta conjunción de ideas se plantea una paradoja no resuelta, la sociedad de clases y la

* «Que todo esté brillante y bello, el rico en su castillo, el pobre ante su portal. Dios los hizo superiores e inferiores y dispuso sus bienes.»

unidad social, que los conservadores consiguen ya sea por un acto de fe o por una analogía orgánica —pero las analogías son falacias y no sirven como fundamento de prueba. Disraeli proponía una alianza entre las clases alta y baja contra las aspiraciones de la clase media, esgrimiendo la consigna «Una Nación». Pero lo más común es negar del todo el problema. En la política cotidiana, la negación de los antagonismos de clase puede ser contraproducente: «cierra los ojos y desaparecerá» es una máxima política que multiplica los problemas.

La consecuencia política de la visión pesimista y no igualitaria de la naturaleza humana es una aceptación de la necesidad, ya sea de un *gobierno autoritario* o, cuando menos, un *liderazgo autoritario*, ejercido por una *élite*, a menudo sin la participación o el control de la masa. Es típico de los conservadores el haberse asociado en ocasiones con los movimientos monárquicos en Europa y haber defendido la monarquía, principalmente con el argumento de que el monarca hereditario simboliza la tradición y la continuidad, ¡en lugar de hacerlo en función de la superioridad que le es inherente! En los países donde la monarquía ha sido abolida, su lealtad se transfiere a un presidente fuerte o alguna otra forma elitista de gobierno. En Gran Bretaña, la actitud adquiere también la forma de un apoyo irrestricto a la supremacía del Parlamento y, en particular del poder ejecutivo, contra la interferencia de otros grupos.

Muchos conservadores, actuales y antiguos, expresan el deseo de eliminar la política de conflicto y oposición (que a menudo asocian con la democracia) y promueven el *consenso*, como si el desacuerdo institucionalizado (por ejemplo, la oposición oficial y reconocida) fuera desagradable y subversivo. El objetivo que subyace a esta política es la estabilidad social y política, pero hay también en ella atisbos de la visión teológica medieval de la política. De acuerdo con ésta, la política tenía que ver con la naturaleza pecaminosa del hombre, lo cual supone afirmar que la actividad política jamás podría ser buena en sí misma, y sólo era un mal necesario. Esta visión contrasta claramente con la idealización de los teóricos griegos con respecto a la vida política y la condición de ciudadanía. La principal tarea de la política, vista a la luz de los supuestos conservadores, es mantener la ley y el orden, la represión de los ingobernables. Para cumplir con esta finalidad, muchos conservadores anteriores a la era democrática no sólo hubiesen admitido restricciones constitucionales a la acción del gobierno, sino que habrían estado de acuerdo con Hobbes en el sentido de que el alcance y los poderes del gobierno, o del soberano, eran necesariamente ilimitados. Hobbes decía de su soberano absoluto que quien quiere el fin (es decir, el orden) debe querer los medios. Pero Burke más tarde indicó cómo deben combinarse las políticas constitucionalista y conservadora, abogando por un «gobierno mixto» a la manera inglesa, con un

monarca limitado por el Parlamento y un Parlamento limitado por el electorado. Si bien el soberano, el «Monarca Parlamentario», no está sometido a las leyes fundamentales, está obligado a obedecer los principios éticos superiores, y uno de estos principios es que no se debe infringir la ley. Pero Burke también rechazaba los conflictos en períodos electorales que, en aquellos tiempos, eran con frecuencia violentos, por no decir corruptos, aunque pensaba que los partidos no necesariamente debían ser puestos «fuera de la ley» por mucho que promovieran «coaliciones cicatrizantes», esto es, la unidad social. Su famosa definición del partido político rezaba:

«Un cuerpo de hombres que se une para promover sus lazos de unión alienta el interés nacional por encima del principio particular en virtud del cual se han puesto de acuerdo.»¹²

Su conocida teoría de la representación por los sabios, su rechazo a la delegación y su alegato en favor de la independencia de los representantes, se siguen directamente de su creencia en una aristocracia natural. Los dispositivos políticos que propone Burke reflejan su sospecha de que el pueblo tiene motivaciones bajas, así como su deseo de que impere la moderación y, sobre todo, sus esperanzas de un ideal social.

El temor al desorden y a la anarquía incontrolada y la lucha en pos de la estabilidad son fundamentales para la psicología conservadora, y la ideología es, en gran medida, una traducción de estos temores y deseos a las propuestas políticas. La subversión social debe evitarse a toda costa, y lo mejor para asegurarse este objetivo es adoptar una forma autoritaria de gobierno. «Autoritaria», en este contexto, quiere decir no necesariamente una dictadura, sino un gobierno en que el pueblo tiene poco o ningún control. Con respecto a la posición del individuo en relación con el gobierno, los conservadores rechazan «la libertad interior» como ideal (como observa Mannheim) puesto que conduciría o podría conducir a la heterodoxia o el anarquismo, y desean subordinar la libre voluntad individual a la «libertad objetiva» —por lo general, entendida como deber— esto es, la libertad de hacer lo que se debe hacer. Salvo en aquellos casos en los que el conservadurismo se fusiona con las ideas liberales, como ha sucedido en la tradición inglesa, el individualismo es visto como peligroso e indeseable: el conservadurismo es totalizante con respecto a la política. Burke anatematizaba los «derechos humanos» abstractos afirmado que era un disparate revolucionario y defendía las libertades individuales sólo en la medida en que eran «prescriptivas» o tradicionales, tal como eran los derechos establecidos de acuerdo con la tradición de la ley positiva y la equi-

12. BURKE, en *How Conservatives Think*, p. 51.

dad. Consideraba las libertades políticas «como un legado de nuestros antepasados, que debía transmitirse a la posteridad».¹³ Los derechos no pueden ser creados en un vacío racionalista.

En la práctica política los conservadores no pueden proscribir el cambio para siempre, y tampoco es esto una consecuencia necesaria de su ideología en todos los casos. Para Platón, el cambio en la República Ideal era malo y esta posición se deducía de su sistema filosófico; los creyentes religiosos que conciben un orden divino para la sociedad podrían adoptar una posición semejante. Pero, para la mayoría de los conservadores, lo importante es la forma en que se produce el cambio y su alcance. Burke sostenía que «un Estado que carece de los medios necesarios para ejecutar ciertos cambios carece de los medios para preservarse», y justificaba el cambio moderado cuando era necesario para la supervivencia del sistema. Los conservadores con frecuencia recurren a la metáfora orgánica cuando defienden su sociedad contra un cambio revolucionario o repentino —que sería tan drástico como una amputación o un tratamiento de choque en el caso de un cuerpo— y también la emplean para explicar cómo podían darse grados aceptables de cambio, por ejemplo esos procesos que denominan «poda» o «cicatrización». Ya antes de Darwin, en el pensamiento conservador estaba implícito un concepto de evolución: se decía que la sociedad política evolucionaba gradualmente, conservando lo mejor en sus tradiciones, lo cual garantizaba su supervivencia y prosperidad. La revolución es la antípoda de la evolución y amenaza el conjunto del organismo con una muerte súbita. Una teoría del cambio basada en el concepto de evolución requiere poca o ninguna acción política, puesto que se considera que el cambio es un proceso que tiene lugar espontáneamente.

Los análisis en torno al tema del cambio y la conservación plantean un problema filosófico acerca del significado de «cambio» que, potencialmente, cuestiona el conservadurismo. Esto se demuestra en «la teoría de sistemas de la política» propuesta por Easton, quien emplea un modelo de sociedad basado en un organismo simple o célula.¹⁴ El objetivo del sistema político se dice que es la «supervivencia» (tal como sucede con la célula), e intenta preservarse a sí mismo procesando las demandas del pueblo (*inputs*) a través de distintas políticas (*outputs*) para ganar la aprobación de éste. El problema con el modelo de Easton es que no presenta criterios satisfactorios para medir cuánto cambio puede absorber un sistema antes de convertirse en un sistema diferente, o «morir». Para aplicar su análisis, Easton, al igual que otros conservadores, debe definir la «esencia» del sistema que debe ser preservada para que éste consiga sobrevivir: y tales

13. BURKE, en *How Conservatives Think*, p. 49.

14. D. EASTON, *A Systems Analysis of Political Life*, Wiley, 1965.

definiciones serán siempre controvertidas e insustanciables. El núcleo del análisis de Easton puede ser resumido como «un sistema es un sistema es un sistema», conclusión no crítica que tiende al *statu quo*. Muchos otros científicos políticos contemporáneos también orientan sus investigaciones en torno a definiciones conservadoras acerca de la esencia de la democracia liberal.

Otro ideal político crucial, común a todos los conservadores, es el nacionalismo, que supone el deber patriótico. Para los griegos, las ciudades-estado eran lugares sagrados y, de modo similar, para muchos conservadores, la nación es sacrosanta, posición que contrasta con las doctrinas internacionalistas del socialismo y, hasta cierto punto, del liberalismo. La concepción de la nación se basa ya sea en la analogía orgánica, que sugiere que la nación es una unidad natural (pese a la constante fluctuación de las fronteras a lo largo de la historia del mundo), o, suponiendo que la entidad nacional es el producto de una tradición que evoluciona, un lento pero indestructible conglomerado de tierra, costumbres e instituciones. Ciertos conservadores, como los fascistas por ejemplo, basan su nacionalismo en la idea de raza, argumentando que la unidad nacional «natural» es la que abarca la totalidad de un grupo racial. En torno a esta afirmación, se harán más comentarios en la sección siguiente, que trata acerca del fascismo.

La mentalidad conservadora

La tradición filosófica conservadora es variada. Algunos pensadores, en su búsqueda de una *autoridad absoluta*, aceptan la existencia de ideas absolutas, verdades inmutables que sirven como criterios morales y políticos para todas las épocas. Pero los teóricos modernos con inclinaciones conservadoras, como Oakeshott, Hayek y Popper (estos últimos son en realidad liberal-conservadores) encuadran perfectamente dentro de la tradición del empirismo y abogan por la búsqueda de una verdad política a través del ensayo y el error, la sabiduría acumulada y el cambio modesto. Los tres son *antirracionalistas* y se oponen a quienes intentan imponer, a través de reformas, esquemas racionalistas que han soñado para la sociedad, aspiración que ellos atribuyen a los utópicos y los totalitarios. A diferencia de las tesis racionalistas, la concepción conservadora de la política se muestra partidaria del azar, no teórica y en gran medida pragmática. En efecto, uno de los orgullos del Partido Conservador británico es no haber sido dogmático sino *pragmático*, en el sentido de no haberse visto atrapado por esquemas racionalistas, y *no ideológico*, en la medida en que la ideología es condenada desde el Partido Conservador por ser una concepción inflexible de la política, distorsionada, parcial y no pragmática. El rechazo de la ideología en principio (pese a que el conservadurismo no puede evitar ser

ideológico en esencia) contrasta claramente con la predilección general de los conservadores por la certeza y por las fuentes autorizadas de conocimiento. Pero los conservadores consideran que la ideología es una creación de extremistas y fanáticos y un poderoso veneno. En su búsqueda de absolutos prefieren, y han preferido en general, dirigirse a la religión y a la naturaleza.

Se presentan muchos paralelos entre el cristiano ortodoxo y el modo conservador de pensar y percibir el mundo. Esto no quiere decir que todos los conservadores sean necesariamente cristianos, pese a que Hailsham, en *The Case For Conservatism*, hace de la creencia religiosa uno de sus supuestos centrales.¹⁵ La conexión radica en la coincidencia de supuestos. Tanto los cristianos como los conservadores consideran que la humanidad es fundamentalmente podrida y débil, que necesita de redención o de un salvador político («liderazgo fuerte»). Ambos poseen una concepción escatológica, les obsesiona el miedo al caos, el derrumbe del orden, y ambos predicen la decadencia moral y el declive. Ambos desean remitirse a valores absolutos y aceptar la autoridad absoluta como un refugio contra la disolución moral y social.

Los pensadores conservadores no religiosos a menudo sustituyen la idea de Dios por la idea de Naturaleza y consideran la desigualdad, el liderazgo y la evolución como fenómenos sociales que se justifican por procesos característicos de la naturaleza. Burke sostenía que la conservación era una pauta característica de la naturaleza:

«Preservando el método de la Naturaleza en la conducta del Estado, en lo que mejoramos nunca somos del todo nuevos, y en lo que mantenemos nunca estamos del todo obsoletos.»¹⁶

La falacia de confundir las leyes naturales con los artificios de la sociedad es evidente. Pero muchos pensadores conservadores que no estarían de acuerdo con Rousseau casi en ningún punto, aceptarían con él que la sociedad corrompe a los hombres, y por tanto, mirarían a la naturaleza como un indicador moral acerca de cómo debemos comportarnos.

Está claro, a partir de estas observaciones, que los conservadores tienen, en general, un fuerte sentido moral. Su política social y su teoría política giran en torno al fortalecimiento de la ley y el orden y el mantenimiento de los criterios morales en materia sexual y otros asuntos de interés público, de manera que se controle a «la bestia que llevamos todos dentro». Instituciones que han sido sancionadas por la religión o la naturaleza, como la familia, deben ser preservadas, y la política debe

15. Q. HOGG, *The Case for Conservatism*, Penguin, 1947, cap. 2.

16. BURKE, en *How Conservatives Think*, p. 49.

funcionar de acuerdo con la base natural que distingue a los líderes de quienes son liderados. La obligación política es vista como un deber moral y no sólo contractual. En el pasado, esto era justificado sobre la base de criterios religiosos, a través del «derecho divino» de los monarcas, pero hoy en día los conservadores tienden a referirse a una visión orgánica de la sociedad que considera al individuo como una parte pequeña aunque esencial de ésta. El individuo está obligado por relaciones de deber hacia la sociedad, ya que se beneficia del bienestar que le suministra el medio al que pertenece. Como es evidente, tales doctrinas están muy lejos de la «amoral» actitud del liberalismo, con su énfasis en el cálculo utilitario racional y en la obligación sobre criterios contractuales y de prudencia.

Por lo que toca a la responsabilidad gubernamental en materia de bienestar social, los conservadores preferirían que los individuos se ocuparan de satisfacer sus propias necesidades, siendo recompensados adecuadamente por cumplir con su deber allí donde la sociedad los ha situado. Sin duda, se trata de una esperanza razonable en sociedades tradicionales, inmutables, pero es difícil que esta esperanza se cumpla en periodos de rápido cambio económico y social. La doctrina del *ayúdese a sí mismo*, considerada conjuntamente con el darwinismo social («la supervivencia de los mejores»), se remonta a los liberal-conservadores de la Inglaterra decimonónica, con su corolario: erradicar a los inadaptados. Sin embargo, la concepción más habitual acerca de la desigualdad y la pobreza ha sido la idea de que los ricos deben ayudar y proteger a los pobres, uno de sus deberes naturales, actitud que recuerda las prácticas feudales. De ahí la tradición de los aristócratas filántropos en la Inglaterra victoriana. Desde el punto de vista conservador, un Estado del Bienestar basado en la contribución individual es una creación artificial, impersonal, que destruye las relaciones naturales e impide el antiguo deber de la *caridad*. Si bien la dependencia mutua y la caridad pueden no sonar como las actuales políticas de los conservadores en Gran Bretaña y los Estados Unidos, debe recordarse que ambas han asumido hasta cierto punto el legado del liberalismo clásico, que hacía hincapié en la ayuda propia y en la independencia.

En relación con la *práctica* de la política, el rechazo conservador hacia la ideología, el racionalismo y la reforma radical proviene de su concepción de la sociedad como una entidad natural, que no puede ser artificialmente manipulada. La rica y compleja «trama de la vida» no puede ser gobernada mediante simples principios teóricos: el pragmatismo es el único método político válido. Por consiguiente, los conservadores pueden abogar por políticas diferentes o incluso contradictorias en épocas distintas, pero el objetivo de su intervención en la política es siempre la conservación de aquello que es bueno en la sociedad y la

promoción de la cohesión y la armonía sociales. Estos son los ideales políticos más altos del conservadurismo, unos ideales que —hay que apuntarlo— asignan poca importancia al individuo y, en cambio, ponen en lugar preeminente al todo social. En la práctica, semejante política casi invariablemente apoya el *statu quo*. Por lo tanto, el conservadurismo tiende a defender aquello que Lukács llamaba «la estéril tiranía de lo existente».

Los conservadores se niegan a reconocer que poseen una ideología explícita. Por consiguiente, el significado del conservadurismo sólo puede ser compuesto a través de la excavación de las convicciones y creencias particulares de los individuos. En *The Psychology of Conservatism*, Wilson desentraña nueve aspectos del «carácter conservador» que incluyen: la creencia en reglas estrictas y en el castigo, el convencionalismo, el antihedonismo, el militarismo, la oposición al progreso científico y la intolerancia hacia las minorías.¹⁷ Pese a la fragmentaria comprensión que tienen muchos conservadores acerca de su propia ideología, cuando se examinan los supuestos fundamentales, se ve la coherencia esencial de sus creencias específicas, lo cual indica que el conservadurismo es en realidad una doctrina unificada. Pero, por su concepción pragmática de la política, el conservadurismo quizás está mejor clasificado como concepción del mundo que como ideología explícita. Los análisis de Mannheim acerca de la «mentalidad conservadora» adoptan este punto de vista. Mannheim apunta la inclinación irreflexiva del conservador «a aceptar el ambiente total en la concreción accidental en que ocurre, como si fuera el orden adecuado para el mundo». La filosofía conservadora sólo se desarrolla como resultado del cuestionamiento de que es objeto por parte de otras ideologías, en particular, por parte del liberalismo, cuando adquiere la forma de una contra-utopía, un instrumento para la autodefensa. «El conservadurismo intelectual» se crea para defender un orden social que ya está fijado y determinado: el logro de Hegel como conservador consistió en elevar «un modo de experiencia ya presente a un nivel intelectual».¹⁸

Para el conservador, «la mera existencia de una cosa la convierte en algo de gran valor». Mannheim también subraya la tendencia conservadora a aceptar o exagerar los elementos irracionales de la mente. Su idea es que el conservadurismo sólo se convierte en ideología una vez que ha ocurrido el hecho, para justificar un modo de vida que ha sido ya establecido. Esta afirmación se ajusta a lo dicho, en el sentido de que el conservadurismo es una doctrina formal, no sustantiva, que recomienda la

17. G. Wilson (ed.), *The Psychology of Conservatism*, Academic Press, 1973.

18. Para la concepción de MANNHEIM acerca del pensamiento conservador, véase *Ideology and Utopia* (trad. inglesa de E. Shils), Routledge & Kegan Paul, 1936, pp. 132, 206-215.

preservación de aquello que existe, sea cual fuese su naturaleza y condición. Las doctrinas particulares que suscriben los conservadores de cualquier época, por lo tanto, dependen del contexto social. Por estas razones, el conservadurismo no puede ser progresista, así como no puede determinar por completo el contenido de sus creencias. No obstante, algunos movimientos de derechas se han pronunciado afirmando que son progresistas; entre ellos, en este siglo, el fascismo. Por consiguiente, resulta instructivo considerar el fascismo como un ejemplo de cómo las preocupaciones típicamente conservadoras pueden combinarse con una práctica política radical, incluso revolucionaria.

Conservadurismo radical: el ejemplo fascista

Para evitar errores de concepto, debo subrayar que el fascismo no se equipara con el conservadurismo por su sola inclusión en este análisis. Se ha de analizar aquí porque algunos de sus supuestos básicos coinciden con los del conservadurismo y porque, al presentarse a sí mismo como «la tercera vía», el fascismo parece caer en ese mismo segmento del espectro político en el que también el conservadurismo se opone tanto al socialismo como al liberalismo. Por otra parte, es también un ejemplo del pensamiento de la «derecha revolucionaria», algo que muchas personas considerarían como una contradicción en los términos. Kitchen afirma que el fascismo tenía por objetivo «principalmente la destrucción de la mayoría de las libertades y de las normas de la sociedad liberal».¹⁹ Las «sociedades liberales» de Italia y Alemania en los años veinte eran relativamente jóvenes, y sufrían por el impacto psicológico y económico de la derrota en la guerra de 1914-1918. El liberalismo agonizaba: el fascismo y el nazismo se propusieron administrarle el *coup de grâce*. El fascismo tiende a aparecer cuando las aspiraciones de la clase obrera con respecto al socialismo han sido derrotadas, como sucedió en la revolución fracasada de 1918 en Alemania. La *élite* capitalista se muestra más dispuesta a apoyar gobiernos no liberales y fuertemente antisocialistas. Por ejemplo, así hicieron los grandes industriales con Hitler en los años treinta. Entre el pueblo, quienes apoyan al fascismo no son los obreros industriales, sino la pequeña burguesía, los artesanos y los pequeños campesinos que temen el socialismo y la bancarrota. Los gobiernos fascistas con frecuencia dan pocas recompensas materiales a quienes los apoyan, pero compensan la frustración y la angustia por medio de la propaganda y ejecutando aventuras belicosas en el extranjero para movilizar el entusiasmo patriótico. Históricamente, los dos regímenes fascistas más notorios, los de Hitler y Mussolini, pese

19. M. KITCHEN, *Fascism*, Macmillan, 1976.

a sus virulentos ataques contra las normas liberales y ciertos aspectos del capitalismo, poco hicieron para cambiar las relaciones económicas existentes, y protegieron la propiedad y la *élite* económica.

Contra la noción liberal de la sociedad como una colección de individuos libres, el fascismo opone un ideal corporativista que es la versión moderna de la concepción orgánica de la sociedad. Distintos grupos sociales se presentan como inseparablemente «incorporados» dentro del cuerpo político: su función en él les da su propia identidad. Los individuos, a su vez, se hacen con una identidad al incorporarse como miembros de estos grupos. Los italianos concebían el corporativismo económicamente: se integraron importantes grupos económicos a los procesos del Estado. Para los alemanes, sin embargo, el corporativismo era algo más sentimental, una aspiración *volkisch*, racista, que formaba parte de la mitología nazi y no tanto de los principios de la organización social y económica.

Los fascistas, al igual que los conservadores, son instintivamente antiintelectuales y ponen el acento en los componentes irracionales de la conducta. El fascismo se presenta a sí mismo, especialmente en Alemania, como un mito, o como un conjunto de creencias por encima de la explicación racional. Como resultado de ello, la «teoría» fascista es escasa, y como tal, muy pobre e inadecuada. La mayoría de los muchos libros acerca del fascismo escritos desde 1945 se concentran en las causas históricas del fenómeno fascista, en lugar de analizar la ideología, puesto que hay muy poco que analizar.

El aspecto más conocido del fascismo es su base racista. Como premisa está la idea de la desigualdad natural, compartida por los conservadores, pero los fascistas sostienen que la desigualdad se da entre las razas tanto como entre los individuos. El «mito de la raza» y la supremacía aria se fundamenta en distintas doctrinas pseudocientíficas del siglo XIX, en particular las de Chamberlain, quien desarrolló la idea de un «pueblo-nación» cuyo destino era triunfar.²⁰ Una mezcla confusa de estas doctrinas se empleó para justificar el primer imperialismo, después la colonización de las «razas inferiores», y más tarde el antisemitismo. El pueblo-nación (*Volk/Nation*) y la Sangre/Raza, con su corolario de la pureza racial y sexual, fueron componentes básicos del mito nazi.

El darwinismo social juega un papel tan importante en el fascismo porque justifica la selección natural y el triunfo de unas razas sobre otras (Bernhardi decía «la guerra da una decisión biológicamente justa»), y también al reivindicar el liderazgo político de la *élite* que es característico de los Estados fascistas, donde los fuertes gobiernan a los débiles. Ni que decir tiene que

20. Véase, por ejemplo, H. S. CHAMBERLAIN, *Ideal und Macht*, Munich, 1916.

la doctrina de la supervivencia de los mejores se opone directamente a la ética humanitaria de la ética del bienestar. Los fascistas defendían el gobierno autoritario de *élite* al mismo tiempo que invocaban a las masas a convalidar sus dictaduras con el apoyo popular, como ocurría en los mítines de Nuremberg. Esta actitud ambivalente hacia la masa —temor e invocación— hizo que Talmon se refiriera a estos Estados como «democracias totalitarias».²¹ La frase de Mussolini «Cree, obedece y lucha» ilustra el aspecto totalitario del fascismo y hasta qué punto suponía el acatamiento incondicional de las masas.

Sería demasiado fácil decir que los fascistas son totalitarios y los conservadores no lo son, especialmente puesto que el concepto de totalitarismo es en sí mismo cuestionado en el capítulo VIII. Pero en realidad los conservadores comparten con los fascistas la visión de la sociedad como una totalidad, una unidad orgánica y esto, conjuntamente con su creencia en el elitismo, tiende a producir una política autoritaria. En esta política se establece una compañía compuesta por dos socios en la que los fascistas insisten, diciendo que el Estado está por encima de la moral y no puede hacer nada equivocado, una concepción para la que los nazis invocaban la noción del Superhombre expuesta por Nietzsche, la figura de aquel ser superior que estaba por encima de todas las limitaciones morales. Ni los derechos individuales ni la tradición o la ley impiden la acción de los líderes fascistas o las acciones de un Estado fascista en el escenario del mundo. En contraste con ello, los conservadores tienen fuertes inhibiciones morales que introducen en la política y un gran respeto por la ley y los antiguos derechos y tradiciones. No obstante, el fascismo podría considerarse de todas maneras un pragmatismo conservador llevado hasta el extremo, la concepción *no-holds-barred* de la política. Esto explica por qué, históricamente, los partidos fascistas eran capaces de distinguirse a sí mismos doctrinariamente del socialismo, y perseguir salvajemente a los comunistas, mientras que al mismo tiempo introducían medidas de bienestar social semisocialistas para aliviar los problemas sociales y ganarse el apoyo de amplias capas de la población. No por casualidad, aun cuando sea una paradoja, Hitler llamó a su partido Partido Nacional-Socialista. Dado que los fascistas elevaban la noción de *Volk* o raza a su nivel más alto, es natural que los gobiernos fascistas mejoraran el bienestar de la raza de los amos tanto como les era posible, mientras trataban a las demás razas como formadas por seres subhumanos.

Si bien un cotejo, punto por punto, de las creencias conservadoras o fascistas muestra que comparten muchas convicciones y supuestos —patriotismo, nacionalismo, teoría de la desigualdad natural, tradicionalismo en materia de virtudes y valores, odio

21. J. L. TALMON, *The Origins of Totalitarianism*, Praeger, 1960.

al socialismo y pragmatismo—, esto no constituye una buena razón para equipararlos. La idea fascista concibe un comienzo revolucionario, cosa que los conservadores, naturalmente, rechazarían. Para los fascistas, después del cambio revolucionario inicial se desarrollaría una estabilidad de tipo conservador. Podría objetarse esta afirmación diciendo que el impulso inicial al cambio y la reestructuración de la sociedad distingue al fascismo completamente en relación con los planteamientos del conservadurismo, pero el caso opuesto, en el que se considera el fascismo como una manifestación de la «derecha revolucionaria» se analiza en el capítulo VIII. Los fascistas comparten la «mentalidad conservadora» hasta cierto punto, pero la falta de inhibiciones morales con respecto a la conducta política y el miedo a obstaculizarla con las formas sociales existentes, dan lugar a ese rostro inhumano y radical que posee el fascismo. Por tomar un ejemplo próximo a nosotros, la mayoría de los políticos conservadores, si bien desean interrumpir la inmigración, aceptan la existencia de una población inmigrante en Gran Bretaña como un *fait accompli*; esta población debe ser considerada ahora como parte del todo social y tratada de acuerdo con ello. En contraste con esta posición, los distintos partidos neonazis, como el *National Front* y el *British Movement* («por la raza y la nación») no aceptan el hecho consumado e intentan revertir la situación imponiendo una «repatriación» compulsiva o la imposición de una política de acoso que haga necesaria la emigración como un hecho «voluntario» a las minorías étnicas. Pese a que los conservadores intentan obtener lo mejor de los desarrollos sociales que ellos deploran, los fascistas se proponen revertirlos.

La gran mayoría de los conservadores repudiarían la teoría y la práctica fascista. Pero la experiencia del siglo XX en materia de fascismo puede leerse como una severa y solemne advertencia a los conservadores: la política autoritaria y contraria al igualitarismo contiene, en potencia, la base de una ideología política inhumana, elitista y dictatorial a menos que esté inscrita dentro de una sólida ética religiosa o humanitaria, que afirme el derecho individual a ser tratado con igual respeto.

El conservadurismo en la actualidad

Un análisis de las ideas conservadoras en la política contemporánea no puede ignorar el resurgir de los ideales y las medidas de derechas que no por casualidad coinciden con una prolongada recesión mundial al final de varias décadas de opulencia en la posguerra. Los psicólogos políticos afirman que los votantes tienden a optar por la derecha cuando ven amenazado su nivel de vida. Así, en los últimos diez años aproximadamente, se ha visto resurgir en Occidente una nueva variante ideológica del conserva-

durismo, la «derecha revolucionaria». El libertarismo de derechas y las teorías neoconservadoras se han desarrollado como reacción contra la socialdemocracia y el liberalismo del bienestar. En la economía, los nuevos conservadores adoptan la concepción del *laissez-faire* de Hayek. Favorecen la privatización de las empresas nacionales y estatales y la desaparición de las reglas que regulan el comportamiento de los mercados (por ejemplo, la reducción de las leyes que protegen el empleo, los reglamentos sobre seguridad en la construcción, etc.), para fomentar la actividad económica y los negocios. Los servicios sociales deben ser recortados o abolidos: las personas deben ser obligadas a depender de sí mismas. La libertad económica debe ser llevada al máximo, pero ¿qué pasa con la libertad personal? Algunos neoconservadores son con frecuencia libertarios, especialmente en los Estados Unidos, donde abogan por un mínimo de regulación gubernamental de la vida privada; pero en Gran Bretaña hay muchos nuevos autoritarios de derechas, como Scruton, que hace hincapié en la fidelidad, la tradición y la identidad nacional y promueve leyes más estrictas y menos salvaguardas para la libertad individual.²²

En Gran Bretaña, el resultado práctico de este movimiento general hacia la derecha fue la elección en 1979 de un gobierno «revolucionario» y doctrinario, encabezado por Margaret Thatcher, cuyo mandato fue renovado en 1983. La posición adoptada por Thatcher con respecto a la política era claramente ideológica desde un comienzo y se alejaba así del pragmatismo característico de anteriores gobiernos conservadores. Un aspecto principal en el programa de gobierno es el principio monetarista expuesto por el economista Friedman, quien exige la mínima intervención gubernamental en la economía, salvo para establecer un estricto control de la oferta de dinero para dominar la inflación. (He aquí otra convicción que comparten los conservadores con los cristianos: el dinero es la raíz de todos los males.) En esencia, se trata de una política neoliberal, fundada en la creencia de que la libre empresa, sin la interferencia del Estado, producirá una economía saludable y eficiente a través del mecanismo del mercado. Es también un rechazo deliberado de las medidas que promovían los gobiernos socialistas, para quienes era preciso que las decisiones del gobierno se imbricaran sólidamente con la economía hasta constituir un sector público expansivo con objeto de estimular el crecimiento y el empleo. De modo que la elección de una política económica no es políticamente neutral: el monetarismo y la política del gobierno de Thatcher de aplicar impuestos indirectos y bajar el impuesto sobre la renta (medidas que se proponen orientarse hacia un tipo de imposición «regresi-

22. Una excelente explicación acerca de las doctrinas de la Nueva Derecha, junto con una útil bibliografía, puede hallarse en R. LEVITAS, *New Right Utopias*, en «Radical Philosophy», 39, primavera de 1985.

va» que redistribuye dinero favoreciendo a los sectores más acomodados de la sociedad) refleja también opciones de tipo ideológico. La justificación de tales medidas es la ortodoxia liberal, en el sentido de que impuestos directos bajos alientan la responsabilidad individual, la empresa y la productividad. Los grandes recortes en los gastos públicos tienen también, o se proponen, inclinar la balanza de la economía en favor de la empresa privada y el *laissez-faire*.

Un aspecto aparentemente paradójico de la actual política conservadora es la disminución del papel del Estado como agente económico y distribuidor del bienestar (a medida que van anulándose o recortándose los servicios sociales), política que se propone simultáneamente con la *extensión* de su papel en términos de control social y de control sobre otros gobiernos locales. El mantenimiento de la ley y el orden es un aspecto importante de la política del gobierno, y los poderes estatales de control han sido fortalecidos por encima de los sindicatos y de otros consejos locales «rebeldes» que desafían la política del gobierno e intentan reafirmar su autonomía. Se ha incrementado el poder de la policía: por lo visto, a medida que la faz benevolente del Estado se borra, su papel disciplinario se ve reforzado deliberadamente. ¿Nos encaminamos desde el paternalismo hacia el patriarcado? Este desarrollo refleja una mezcla incongruente de creencias conservadoras y liberales que anima al Partido Conservador británico: control social en la esfera social, libre empresa en la esfera económica. Pero la extensión de la centralización y de las funciones coercitivas del Estado es, a su vez, difícil de reconciliar con las afirmaciones públicas del gobierno conservador en el sentido de que no se sienten a gusto con el Estado y con la burocracia que lo gestiona. Otro objetivo de la política gubernamental, menos tangible, es la «remoralización» de la sociedad, un nuevo aliento de la moral no permisiva y la restauración de valores conservadores tales como la disciplina, el trabajo duro, la austeridad y la familia, valores que se prefieren a aquellos relacionados con la libertad y el desarrollo personales.

Lo notable del nuevo conservadurismo británico es su concepción ideológica de la política, que constituye una innovación radical con respecto a concepciones que defendía el antiguo y pragmático partido, y el hecho de que lo que el gobierno en realidad se propone conservar es la sociedad de la libre empresa tan cara al liberalismo clásico. La mezcla de políticas que resulta de ello, estatismo e individualismo, igualitarismo formal y reconocimiento de la desigualdad, muestran la naturaleza idiosincrásica del conservadurismo británico que ha huido de la actitud reaccionaria británica de muchos conservadores europeos. Gran Bretaña no ha estado sola en lo que toca al resurgimiento de un neoliberalismo conservador: las aspiraciones económicas del presidente Reagan son semejantes, y el «thatcherismo» ha encontrado

admiradores y émulos en otros países europeos. En realidad, el conservadurismo se ha visto espoleado a adoptar una nueva definición ideológica de sí mismo, debido al fracaso de los gobiernos socialdemócratas en cuanto a mantener la prosperidad en el marco de la crisis económica. Un beligerante anticomunismo es la otra característica común a todos los teóricos y políticos neoconservadores, lo cual no coincide con la observación hecha por Mannheim en el sentido de que el conservadurismo se manifiesta a sí mismo en forma ideológicamente coherente por su antagonismo hacia otras ideologías.

¿Ideología o intuición?

Se ha subrayado la naturaleza pragmática del conservadurismo político. En el sentido literal del término, se trata de una ideología reaccionaria que surge como reacción contra otras doctrinas. Sin embargo, se manifiesta a sí misma en diferentes ejemplos políticos de acuerdo con las circunstancias. Sin embargo, está arraigada en intuiciones y emociones muy difundidas. Muchas personas que no votan a los conservadores son sin embargo instintivamente conservadoras. Biológicamente, *todos* somos «conservadores» —el organismo humano intenta preservarse a sí mismo y evitar el esfuerzo violento, la desarticulación y el cambio— y Freud sostenía que lo mismo ocurría con la psique, con «Thanatos», el principio de conservación, que simboliza el instinto inercial o «deseo de muerte» que lucha para prevalecer sobre el «Eros», el instinto vital activo. Los instintos conservadores son pre-intelectuales y se ponen en juego cuando fracasan las ideologías racionalistas. El conservador debe confiar en que tales contingencias surgirán si desea el éxito político. Pero es típico del conservadurismo presentar una concepción pasiva con respecto a la política e incluso un cierto fatalismo, puesto que la conservación y la prevención de los cambios a menudo se consiguen por medio de la *inacción*. Los conservadores, por lo general, se manifiestan contrarios a la planificación y a las principales reformas. Esto se debe en parte a que el éxito en las reformas jamás puede garantizarse, mientras que las virtudes de los sistemas existentes han sido ensayadas y probadas; y también se debe a que los conservadores son pesimistas con respecto a la naturaleza humana. Como son escépticos respecto a las facultades humanas y a la inteligencia del hombre, no confían en el reformador o en el utópico, y en cambio prefieren la naturaleza y la costumbre. La reforma y la revolución social también se apoyan en ideologías o teorías abstractas que inspiran graves sospechas a los conservadores, puesto que son antiintelectuales de corazón y conocen la capacidad del pensamiento para engañarse a sí mismo y a los demás.

Como el conservadurismo se presenta con tanta frecuencia

como un elemento meramente opuesto al cambio, o como una reacción contra otras ideologías más constructivas, cabe preguntarse finalmente si en verdad se merece el título de «ideología». Sin duda el conservadurismo es una especie de camaleón entre las ideologías, pues su disfraz depende del contexto y de la naturaleza de su enemigo, pero algunas de sus convicciones fundamentales han sido identificadas y constituyen una posición política característica. Las premisas en que se apoyan estas convicciones, que la naturaleza humana es imperfecta y que la desigualdad es natural y deseable, son por cierto creíbles, y es posible que estén mejor probadas desde un punto de vista empírico que, digamos, la premisa de la perfectibilidad o de la bondad humanas. Pero el conservadurismo parece una ideología esencialmente incompleta e insatisfactoria, ya que no presenta ningún objetivo constructivo para el futuro y difícilmente puede inspirar el compromiso y el activismo políticos: el conservador, sin embargo, no haría apología alguna de esto, pues considera que los movimientos activistas o utópicos son peligrosos y están destinados al fracaso. La defensa del conservadurismo por Burke se limita a reclamar que los ánimos cambien cautelosamente y respetando las tradiciones. Si ya viviéramos en una utopía, ésta sería la vía correcta a seguir para evitar caer (en un sentido teológico) en desgracia, para evitar el declive de la perfección social. Pero en las verdaderas sociedades, la justificación de las imperfecciones existentes mediante argumentos conservadores puede postergar e incluso impedir muchas mejoras sociales que son necesarias.

VIII. Totalitarismo

«Un sistema en el que se ejercitan, sin restricciones y por liderazgos centralizados de un movimiento elitista, instrumentos tecnológicamente avanzados de poder político para llevar a cabo una revolución social total, que incluya el condicionamiento del hombre, de acuerdo con una ideología arbitraria proclamada por el liderazgo en una atmósfera de unanimidad coercitiva del conjunto de la población.»

Esta descripción del totalitarismo¹ sugiere que se trata de un fenómeno claramente definible. No obstante, el concepto de totalitarismo presenta muchos problemas al teórico político, lo cual contrasta con el empleo definido que hacen de él los especialistas en ciencias políticas y el uso trivial de la palabra en la argumentación política. Si bien el término «totalitario» fue empleado por Mussolini para referirse a su propio Estado fascista corporativo, más tarde fue popularizado por los detractores de las dictaduras comunista y fascista, como Neumann,² y hoy en día se usa invariablemente con un sentido peyorativo, a menudo de modo muy impreciso. Por consiguiente, resulta difícil distinguir un significado puramente objetivo del término. El totalitarismo, si bien es incluido en la sección de este libro referida a las ideologías, no es una ideología como las demás: nadie aboga por el totalitarismo, por lo que es en sí mismo, como tampoco hay nadie «orgullosa de ser totalitario». Y sin embargo, el término es usado por quienes lo critican como si representara un antiideal político característico, pese a que estos críticos ejemplifican su definición del concepto sobre la base autocontradictoria de presentar dos ideologías y sistemas políticos totalmente opuestos uno al otro, el fascismo y el comunismo. Incluimos el totalitarismo en esta parte del libro para exponer la falacia que supone tratarlo como una ideología política específica, aunque deplorable, y en parte porque es metodológicamente instructivo ver de qué manera quienes se autoproclaman críticos del totalitarismo han construido la idea sobre unos cimientos teóricos totalmente endeble.

La diversidad de las concepciones acerca del totalitarismo se debe a que las observaciones más influyentes sobre el tema han

1. Este pasaje es una compilación de las características totalitaristas enumeradas por Z. BRZEZINSKI, en *Totalitarianism and rationality*, en «American Political Science Review», L, 3, pp. 751-763 (1956).

2. Véase, por ejemplo, S. NEUMAN, *Permanent Revolution*, Pall Mall, 1965.